

# EL ESTUDIANTE

Revista de la juventud española



## S U M A R I O

*El problema de la primera enseñanza en España*, Editorial.—*Carta al Zar Nicolás II*, León Tolstoy.—*¿La universidad de viaje?*, Editorial.  
*Romancillo*, Federico García Lorca.—*Los panecillos de Charlot*, Benjamín Jarnés.—*Educando al pueblo*, Julio Alvares del Vayo.  
*Balneario (versos)*, Guillermo de Torre.—*Abogados, abogadismo y ciudadanía*, Editorial.—*Tirano Banderas*, *El congal de cucarachita (continuación)*, Don Ramón del Valle-Inclán.  
*España ante la Sociedad de Naciones*, Editorial.—*«Emocionante» desfile*, Editorial.—*Soliloquios*, Dionisio la Cruz.—*Las conferencias de Bagaría*, Editorial.—*El Estudiante*, en Málaga, P. C.—*La conferencia de Bagaría en Granada*, Nicolás Ramiro Rico.—*Motivos de la Hélice (versos)*, Miguel Pérez Ferrero.—*Un libro orientador*, José Antonio Balbontín.—*El Santo*, Francisco Valdés.  
*Santa mujer nueva*, Jaime Ibarra.—*El coronel Montesinos y la Universidad Valenciana*, Editorial.

\*

Precio: 30 cts. - MADRID - 4 abril 1926

Tres nuevos libros que reco-  
mendamos a nuestros lectores

# LA NUEVA RUSIA

POR

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

---

# TIGRE JUAN

NOVELA

## El curandero de su honra

NOVELA (Segunda parte de TIGRE JUAN)

POR

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

# EL ESTUDIANTE

REVISTA DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID \* NÚMERO 12

Director: Rafael Giménez Siles

4 ABRIL 1926

DIRECCIÓN  
Y ADMINIS-  
TRACIÓN:  
MARQUÉS DE  
CUBAS, 8

Este número ha sido  
visado por la censura



## El problema de la primera enseñanza en España

Siempre hemos oído hablar del problema de la enseñanza primaria en España. En todas las ocasiones, bajo éste o aquél pretexto, sinceramente unas veces, acaso no tan sincera otras, hemos escuchado la misma eterna cantinela: el problema de España, en su integridad, depende de los maestros de primera enseñanza. En discursos electorales, en programas políticos de partidos, siempre que se quería demostrar una mala gobernación, aparecieron ante nosotros aquellas palabras.

No se ha hablado poco del asunto. Se trata de un lugar común, pero de una actualidad lamentable. Diríase que las personas que se ocupan de tal problema lo hacen como si el país no estuviera convencido de la realidad. Y, sin embargo, este convencimiento, que lo hay, no ha servido de nada. Hoy, como ayer, el problema de la escuela se halla sin probable solución. El número de analfabetos, tan imponente en España, es en estos días el mismo que el de hace años. El número de escuelas, tan misérrimo para la población española, se ofrece ahora tan escaso e insuficiente como en 1800. Los locales, el material de enseñanza, las más perentorias, elementales exigencias de la escuela, aparecen hoy, como ayer. Sólo, eso sí, sólo el maestro, personalmente, en cuanto a sueldo y facilidades de escalafón, ha dado un paso. Pero por ello el problema no ha mejorado nada. Se ha atendido a una parte —importantísima, desde luego— del mismo; mas no se ha tenido decisión para adoptar una medida radical y definitiva. Hay que convenir que el maestro, en este gran concierto de lamentaciones, ha tomado muy poca parte. Cuando alzó la voz lo hizo solamente para pedir mejora de sueldo. Legítima petición o protesta; pero más interesante, mejor para España, si a ella hubiera unido otras peticiones que no beneficiaban al maestro, sino al niño. A este propósito, tenemos el ejemplo de la última asamblea de los maestros, celebrada en Madrid. Ha sido, en suma, un medro reducido, limitadísimo, estrecho y egoísta. La misma Junta de profesores normales, en sus últimas peticiones incluían la supresión

de algunas escuelas y la acumulación de cátedras. Es decir, que los maestros (no obstante las excepciones ejemplares), mejor dicho, la clase del magisterio no ha hecho nada, muy poco, en este problema que tanto debiera interesarle, porque de su buena solución depende, primeramente, la situación del niño; después, el porvenir de España, y —en último extremo— el rango del maestro español. No quiere ello decir, sin embargo, que el maestro no muestre sensibilidad ante otra cosa que no sea el escalafón. Hoy tenemos un ejemplo alentador, que nos asegura, en parte, del buen deseo, acallado durante tanto tiempo, de los maestros españoles.

Ha bastado la espléndida campaña de Luis Bello. Ha bastado que un hombre, cuya voz había de tener resonancia, hablara eficazmente del problema de las escuelas, para que los maestros acudan a apoyar la justa campaña.

En todo cuanto se ha dicho, siempre inútilmente, sobre este asunto trascendental, nada tan definitivo como la actitud y la palabra de Luis Bello. De sus artículos ha nacido la Sociedad de Amigos de la Escuela. Que formen parte de esa noble entidad Luis Bello y el gran poeta Luis G. Bilbao, nos afirma en la idea de que no ha de ser una Asociación más. Es grande, inmensa, la labor que se proponen estos dos hombres. Es problema de escuelas el problema de España, y es, por consiguiente, problema de maestros. Es preciso que no haya analfabetos; pero es imprescindible, además, que junto a la enseñanza perentoria, elementalísima, de leer y escribir, se dé al niño una verdadera educación "integral", la cual consiga en todos los españoles un tono moral superior.

Por nuestra parte, en lo que podamos ayudar, con nuestros medios, a la labor que hayan de realizar Luis Bello y Luis G. Bilbao, ya conocen el espíritu de EL ESTUDIANTE. Estamos al lado de los maestros, deseando para ellos todas las prerrogativas de que gozan otras profesiones, porque todo cuanto se haga en beneficio de ellos repercutirá favorablemente en el niño.

## Carta de Tolstoy a Nicolás II (1)

No quisiera morir sin deciros lo que pienso de lo que debería ser y lo que es vuestro actual gobierno, que podría dar una felicidad tan grande a tantos millones de hombres, y a vos mismo. ¡En cambio, qué desgracia causará a todos si continúa siguiendo la dirección que hoy ha iniciado! Un tercio de Rusia se encuentra bajo un régimen de vigilancia tiránica; es decir, fuera de la ley. El ejército de policía, pública y secreta, aumenta cada día. Las cárceles, los lugares de deportación y los presidios están llenos de condenados políticos, sin contar los cientos de miles de criminales de derecho común; y a estos tenemos que añadir los obreros. La censura ha llegado a un grado máximo de estúpida interdicción, no alcanzado ni en la detestable época del año 40. Las persecuciones religiosas no fueron jamás tan frecuentes y crueles, y cada día continúan aumentando. En todas partes, en las ciudades y en los centros obreros se han concentrado las tropas, enviadas en contra del pueblo con sus armas. En muchos lugares ha habido ya fratricidas efusiones de sangre, y por todas partes se disponen otras nuevas, quizá más crueles. Y, como resultado de esta actividad funesta del Gobierno, los campesinos, esos cien millones de hombres, de los que depende el poderío de Rusia, se empobrecen más cada día, a pesar del desarrollo inconmensurable del presupuesto del Estado, o tal vez a causa de su aumento creciente, y el hambre ha llegado a ser un fenómeno corriente. Asimismo, el descontento y la hostilidad de todas las clases sociales frente al Gobierno, es también un fenómeno normal. La causa de todo esto es clara hasta la evidencia: vuestros consejeros os afirman que deteniendo todo movimiento vital en el pueblo garantizan la prosperidad pública y vuestra seguridad propia. Pero será más fácil detener el curso de las aguas de un río que el eterno movimiento progresivo de la humanidad, establecido por Dios...

### ¿La Universidad de viaje?

Si sólo se debiera al marqués de Valdecilla el interés por los asuntos universitarios que ha promovido su donativo, ya era razón para merecer gratitud de todos. Una pequeña literatura se ha formado alrededor del millón. Hay quienes con este punto de partida se lanzan a formar planes de radicales reformas en la enseñanza superior, ideando Arcadias escolares, y los hay también que, incapaces de levantar el vuelo, por falta de alas, se conforman con arrimar el ascua a su sardina, que, por lo que se huele, no es la sardina de la Patria.

Uno de los más sonados proyectos es el que *brotó* días pasados con toda solemnidad, consistente en *restituir* a Alcalá de Henares la Universidad Central, o, por lo menos, su Fa-

(1) Hemos creído interesante dar a conocer a nuestros lectores esta carta que en 1902, momentos antes de expirar, dirigió Tolstoy al zar Nicolás II, en la que predecía el término de la tiranía zarista.

cultad de Derecho. ¿Será, sin duda, alguna razón de alta pedagogía la que inspire el viaje? Al parecer, son motivos de campanario —con todas las sugerencias que un campanario evoca—, en sus dos aspectos de política pueblerina y de *mester de clerecía*. Los más fundamentales y aparentes son de este estilo:

“En Alcalá de Henares existe un maravilloso edificio, admiración de propios y extraños, en que se educaron tantas generaciones escolares que dieron días de gloria a la cultura nacional, y en cuyas aulas profesaron los más eminentes maestros de los tiempos áureos.” Podría, con el mismo pretexto, decirse que como en Sevilla, Granada, Valladolid, etc., existen palacios en los que otros días radicó la corte de España y de sus Indias, debe mudarse a Sevilla, Granada, Valladolid, etc., con la mayor urgencia, la capitalidad española. Item más: hay muchos pueblos y ciudades en que se conservan típicas construcciones, con todo sabor de época, donde tuvo su asiento el simpático Tribunal del Santo Oficio, por lo que corresponde reestablecerlo en seguidita para que no estén esos edificios vacíos.

“La Universidad de Alcalá de Henares —ciudad eminentemente universitaria por tradición— se trasladó a Madrid; la tradición es una cosa muy seria; luego la Universidad Central, o a lo menos una Facultad bien repleta, debe restituirse a su sede legítima.” Veamos la verdad histórica de este silogismo. Mas antes, y aun supuesto que la Universidad Central fuera la misma Complutense que hubiera puesto casa en Madrid, podría preguntarse si todo el tiempo pasado en la nueva casa no constituía una tradición, respetable también. Pero es inútil andarse en tales preguntas con caballeros que niegan todo valor de historia española a los siglos que no son de su gusto. Vamos con el silogismo. El día 7 de noviembre de 1822 se instaló la Universidad Central, y en este acto pronunció don José Manuel Quintana, en nombre de la Dirección de Estudios, un discurso en que se explica “el objeto y carácter de la Universidad *que ahora acaba de nacer*”. “Es cierto —decía— que no es mecida en su cuna por las manos poderosas y valientes que fundaron y dotaron entre nosotros las mismas instituciones en lo antiguo. Simples ciudadanos sin nombre y sin poder la idearon, simples ciudadanos *decretaron su existencia*, simples ciudadanos, en fin, la realizan y plantean. La Universidad Central es obra de la Nación, nacida con la libertad, producto de la ilustración y de la civilización de los siglos.” ¿Está claro? La Universidad que se fundó en Madrid en 1822 puede ser trasladada por razones de alta conveniencia pedagógica o moral, mas no se esgrima frente a ella la tradición, porque su tradición es doble: en el tiempo y en la base de su establecimiento. Oíd cómo hablaba Quintana a los “profesores encargados de la enseñanza”: “¿Amáis la libertad? Inspiradla, pues, con vuestras lecciones y con vuestro ejemplo; y que vuestros alumnos, teniéndola convertida en sangre y en substancia, no descansen después, no alienten, no vivan sino con ella. ¿Amáis el orden, la tolerancia, la armonía social? Demostrad con la historia que las máximas de la moral no se violan nunca impunemente; y que cuando por contentar a las pasiones se atropella la equidad, el ejemplo funesto vuelve siempre a caer sobre sus autores.” Y terminaba diciendo: “Después de la gloria del legislador, que forma la sociedad, no hay otra que iguale la del profesor, que forma los individuos. Vosotros completaréis la obra legislativa; y ya que los españoles de hoy no tengamos la fortuna de legar a los que nos sucedan la riqueza, la abundancia y el poder, les vincularemos, a lo menos, los dos mayores bienes del hombre civilizado: LA INSTRUCCIÓN, LA LIBERTAD.” La Universidad Central es en su raíz, y por tradición, liberal de nacimiento, aunque a veces lo olvide; y cuando en 1836 se trajo de Alcalá a Madrid, no se hizo sino

restituir a su primitivo domicilio un organismo que la reacción fernandina arrojó a Alcalá para que se curara de la funesta manía de pensar.

Otro argumento transcendental de tipo lírico-arqueológico-moral: "Es preciso alejar de la gran población a los mozos inexpertos para apartarlos de ese antro corruptor que por doquier los solicita y tienta a pecar. ¡Oh, la corrupción! ¡Oh, la inmoralidad! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!" "Los que así hablan confunden la Universidad con un colegio, y no ven que, lo que parecería conveniente para uno, sería, absolutamente hablando, extraño y aun perjudicial para la otro." Entre los medios de instrucción "hay uno que solamente puede proporcionarlo una gran capital. Es la mayor concurrencia, el mayor trato, la más fácil comunicación con hombres de todas clases, versados en todos los negocios, y acostumbrados a dar a los conocimientos de la escuela la aplicación que tienen a los usos y conveniencias de la vida. Un filósofo ha dicho que en la conversación de los autores se aprende más que en sus libros, y más todavía en la conversación general que en la de los autores" (Quintana). Sacar la Universidad al campo y formar a su alrededor una ciudad puramente universitaria, tiene alguna explicación; llevarla a un pueblo para zambullir al estudiante en el ambiente puro de la intriga menuda, la crítica pueblerina y el eomadreo eterno, no tiene ninguna. Aparte de que, como ha recordado Gómez de Baquero, "las tentaciones acuden a centros semejantes, en busca del consumidor, lo mismo que pasa en la guerra". Pues "una ciudad universitaria, como no se la meta dentro de un fanal, no está exenta de las tentaciones que pueden asaltar a la juventud, y el estudiante actual de Madrid o Barcelona es mucho más morigerado que el que nos pintan... los testimonios de la época" clásica.

El estudiante abstracto, apartado de la familia y de la sociedad humana, metidito en un internado "de padres negros o blancos" —todos son negros, amigo Andrenio—, tal vez responda al modelo de individuo de las filas procesionales del jubileo callejero; pero no es un tipo ideal, ni mucho menos, aunque sea un *tipo*. Y ahora que el estudiante adquiere conciencia de sí mismo y forma organizaciones con sus compañeros para intervenir en la vida universitaria; ahora que se trata de darles entrada —en otros países, es natural— en los centros directivos de la Universidad; ahora que se fomentan Juventudes de índole política como plantel de ministros en agraz; ahora que se trató de crear una Asociación de estudiantes para propaganda de la Sociedad de Naciones, que si no llegó a nacer no fué por culpa de ellos; ahora, en fin, que es preciso que intervenga cada vez más la Juventud y se apasione en todo y por todo, esta proyectada clausura escolar no puede pasar de un ameno plan para pasar el rato.

Si nosotros estuviéramos firmemente convencidos, hasta la saturación, de la necesidad de llevarse la Central a Alcalá de Henares, al ver de dónde ha surgido el viaje y quiénes lo defienden, lógicamente deberíamos pensar en seguida que estábamos equivocados. ¿No han notado ustedes cómo los que en nombre de la libertad combaten la función docente del Estado, y aun todo control público sobre ciertos establecimientos, llamados de enseñanza, han alentado la idea del destierro de la Universidad y hecho frente común en su defensa? La cosa es clara. Pedagogías aparte, alejada la Universidad de Madrid, todo el campo es suyo. Los padres de familia (los que tienen hijos) se resistirían a separarse de sus pimpollos, y, antes de resignarse a mandarlos fuera, los entregarían en las santas manos que habrían de dirigirlos por la senda de la virtud y de la ciencia. Con lo que el negocio de la enseñanza, en cuya explotación tanta habilidad han desplegado ciertas gentes, ofrecería un nuevo filón a su resignación cristiana.

## ROMANCILLO

Arbolé, arbolé  
seco y verdé.

La niña del bello rostro  
está cogiendo aceituna.  
El viento galán de torres  
la prende por la cintura.  
Pasaron cuatro jinetes  
sobre jacas andaluzas,  
con trajes de azul y verde,  
con largas capas oscuras.  
"Vente a Córdoba, muchacha."  
La niña no los escucha.

Pasaron tres torerillos,  
delgaditos de cintura,  
con trajes color naranja  
y espadas de plata antigua.  
"Vente a Sevilla, muchacha."  
La niña no los escucha.

Cuando la tarde se puso  
morada, con luz difusa,  
pasó un joven que llevaba  
rosas y mirtos de luna.  
"Vente a Granada, muchacha",  
y la niña no lo escucha.  
La niña del bello rostro  
sigue cogiendo aceituna  
con el brazo gris del viento  
ceñido por la cintura.

Arbolé.  
¡Ay, arbolé!  
Seco y verdé.

FEDERICO GARCÍA LORCA.

## Los estudiantes chinos en Francia

M. Jean Lepine, rector de la Universidad de Lyon, ha presentado a la Academia de Ciencias Morales y Políticas una comunicación relativa al aumento de estudiantes chinos que curson estudios en Francia.

El Instituto Franco-Chino de Lyon ha tenido que ser ampliado. Actualmente se albergan en él más de trescientos estudiantes, que siguen los cursos de las Facultades de Ciencias, Letras y Medicina.

Una vez que obtienen el título académico deseado, los estudiantes chinos regresan a su país, donde casi todos entran a formar parte del profesorado de las Universidades y centros de enseñanza superior.

# Los panecillos de Charlot

por BENJAMÍN JARNÉS

I

Los que cantan al compás de un arístón —o una pianola— el himno clásico al arte petrificado —al arte “eterno”, según ellos—, quedan invitados a asistir a un mismo espectáculo, en dos platos diferentes.

Se trata de un doble joven a quien una mujer ha desdeñado: tema ni trascendente ni pueril, porque en arte el tema es nada, o casi nada. El primer doncel se adelanta, desmenado, hasta la batería, y nos recita cinco páginas de endecasílabos chorreantes de amargura. Si es discreto, nos recita una sola; pero en ella nos habla de los mares, de los cielos, de los montes y del mismo eje de la tierra, que “podrá romperse como un frágil cristal”, sin que por eso se apague el fuego de aquel amor infortunado. El otro novio, que espera en vano la visita de la amante —mujer frívola—, se limita a cruzar por la puerta del cabaret, donde ella ríe y bebe, y a escrutar un momento en su interior. Después, abatida la cabeza, con un solo y definitivo gesto dramático, desaparece.

El impetuoso torrente que en el primer enamorado —Béquer— nos salpicaba con su abanico de románticas espumas, en el segundo —Charlot— se va apretando, adelgazando, hasta fundirse en un hilo tembloroso, porción refinada de materia vibrante, de donde el arco genial arranca la clara frase patética que todos conocemos.

Un poeta de hoy, Pedro Garfias, nos referiría la escena de este modo:

“Por entre el cortejo de tus risas, pasa  
mi voz enlutada.”

Si se prefiere un tema de más objetividad —ya que en el del amor todos “pusimos nuestras manos” y nuestros pechos—, recordemos un episodio cualquiera. Sirva el de “Las bodas de Caná”. El poeta de la paráfrasis nos hubiera pintado toda la Galilea en torno a Jesús, nos hubiera insuflado en los versículos del bello pasaje evangélico, toda su peculiar carrocería metafórica. Del sencillo pasaje hubiera hecho un canto a la felicidad conyugal. Es decir, hubiera añadido al puro vino lírico algunos cántaros de agua de cualquier Jordán retórico. El verdadero poeta se apodera del sugerente capítulo, lo exprime, lo limpia de adherencias domésticas, despide a la histórica comparsería, deja frente a Jesús al agua azorada ante el milagro, y ya toda la escena le cabe en el maravilloso verso:

“El agua humilde vió a su Dios, y enrojoció.”

El consecuente amigo de la gran trompetería se sentirá defraudado al oír vibrar la eterna variación en una sola cuerda. Un verso es nada para él, que no suele saciarse sino con espléndidos lotes de cuartetos. No nos prestará oídos y se volverá “a sus clásicos” —y a sus neoclásicos—, lleno de altanería y suficiencia. Vaya enhorabuena. Ya sabemos que tampoco acudirá a los verdaderos clásicos. O los leerá “por tradición”, como aún se lleva el hongo. Quien desdeña la sobriedad en arte está siempre muy cerca de adquirir un kilométrico para “El tren expreso”.

Otros, más indulgentes, se dignarán preguntar por qué caminos el arte se despojó de tantas magníficas hopalandas. Contestaremos repitiendo la frase subrayada. Es, sencillamente, que el arte se ha limitado.

Eso es todo. Al limitarse, se amputó injertos extraños; se trazó, en torno, la mágica circunferencia que no pueden saltar ni la ciencia ni el oficio. Cuando se le pidió, declaró su intrascendencia. Le era indiferente infiltrarse en la filosofía y en las normas del buen vivir. Un día balbuceó como un niño, volvió a leer ingenuamente en las cartillas del pasado y declaró —también ingenuamente— que tal lección era estúpida y tal otra era incomprensible. Nada le importó que las gentes no le saludasen, al pasar, como a los príncipes del Renacimiento y a los histriones del Ochocientos. Se perdió a sí mismo todo respeto, y no lo exigió tampoco a los demás. Se miró serenamente al espejo y aprendió a desechar todo ademán desmesurado. Asesinó deliciosamente la tragedia y resolvió llevar por dentro las melenas. Dejó en paz a los cielos y a la tierra, a los bosques y a los mares, sin hacerles ya cómplices de cualquier trivial intemperancia femenina. Cuando Charlot cruza la pantalla, todo su bagaje va con él. Charlot se nos ofrece siempre aislado, hermético, dentro de la urna de su propia creación, que es él.

No conozco nada más opuesto a un “virtuoso”. El “virtuoso” irradia siempre, como las devotas imágenes de bazar, haces de melíferos rayos de purpurina. Su emoción es cierto grifo que salpica de iluminado aljófar al resto de los satélites actores y a todos los embobados espectadores. Charlot recoge en sí mismo todas las vibraciones de la escena. Es un condensador de energías emocionales. Por eso nos da permanentemente la impresión de hombre desplazado, de niño perdido entre la turba, aunque puede sentarse entre los definidores de la ley estética. Charlot desdeña todo apoyo en la moldeable realidad que acude a afrecerle a cada paso su vaso de jarabe sentimental, tomando de ella, siempre receloso viajero, los sorbos precisos para poder seguir andando.

3

Para poder seguir soñando.

Charlot sueña siempre. Es ese “divino sonámbulo” —diría Ortega y Gasset— que viene “a contaminarnos con su fértil sonambulismo”. En “La quimera del oro” sueña, efectivamente, que le rodea un grupo de deliciosas amigas. Para divertir las inventa un inocente espectáculo. Organiza un baile. No una fácil mascarada de trajes de ayer o del mañana, sino un ingenuo baile de panecillos de la cena. Está sentado a la mesa, extiende las manos y, con lo primero que tropieza, realiza su intuición genial. Lo mismo podría realizarla con un frutero o con una servilleta. No dejemos al alcance del falso artista una moneda de oro, porque nos la devolverá trocada en un pesado saco de mohosa calderilla. Es mal agente de cambio. El arte verdadero todo lo devuelve trocado en el mismo artista, porque toda materia goza en él del milagro de la transubstanciación. Decimos Charlot, como podríamos decir Proust, o Strawinski o Picasso; todos ellos lograron convertir los humildes panecillos en encantadores zapatitos de hada.

Pero en Charlot se da, además, una singular característica: la obra y el autor son una y la misma cosa. Charlot se crea y se interpreta. El cuadro, el poema, la partitura, se desgajan para siempre del artista, comienzan a vivir su vida independiente. Con este prodigioso comediante va siempre su comedia. Una comedia sin gestos, sin risas, sin lágrimas. Una comedia elaborada con eliminaciones. Una bella afirmación, producto de cierta larga cadena de sumandos negativos. Como siempre, el arte ha triunfado de todos los severos cánones científicos.

4

El buen bailarín sólo necesita una baldosa. Como el buen novelista sólo necesita un gesto o la ausencia de un gesto. Proust construye una espléndida arquitectura sobre la frágil primera piedra de un beso fracasado. Charlot enlaza una

sútil cadena de emociones a un primer brote, a una primera sombra de emoción.

Es que en ellos la limitación es creadora. Hundidos voluntariamente en cualquier grieta abierta en la roca viva, siguen rasgando el corazón de la montaña, hasta dejarla toda socavada por un maravilloso túnel. En vez de recorrer vagamente el paisaje, ellos enfilan sus prismáticos a una parcela cualquiera de terreno. En una excursión, el viajero más curioso es siempre aquel que ha visto menos cosas, porque se contentó con detenerse ante una sola. *Non multa, sed multum* —decían ya los viejos dómnes—. Nadie menos viajero que el poseedor de un coche ostentoso. El viaje consiste, para él, en ir de prisa. Lo mismo en el arte. "La vuelta al mundo de un novelista" es la excursión de un colono que sale a recorrer sus plantaciones de novela para calcular la próxima recolección. Nadie menos curioso de las maravillas de la tierra que un agricultor, como nadie menos curioso de las bellezas orográficas que un ingeniero de montes. Es preferible un alpinista.

Por fortuna, el arte va aprendiendo ya a andar con lentitud, a detenerse a subrayar cualquier minuto, cualquier vibración o escorzo. Tiene bien arraigado el sentido de la profundidad: filón de oro hallado en la excursión, siempre más rico que todos los vegetales arabescos.

"¡Sois extraordinario, querido Proust! —exclamaba André Gide—. Parece que sólo habláis de vos mismo y tan poblados están vuestros libros como toda la *Comedia Humana*."

¡Eres extraordinario, querido Charlot! —podríamos añadir nosotros—. Parece que sólo intentabas divertirnos con un juego de manos y tus encantadores panecillos han trenzado en el aire el sútil andamio de una inesperada arquitectura. De lo que apenas fué siempre un modesto desayuno, tú has hecho un gracioso surtidor de peregrinos ritmos.

## Educando al pueblo<sup>(1)</sup>

Por JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO

LA ESCUELA VCHUTEMAS

Bajo la dirección de David Sternberg, un pintor que antes de la revolución vivió casi todo el tiempo en París, la "Escuela General de Bellas Artes y Técnica Decorativa", de Moscú, ha realizado una labor tan original como interesante, y que, sin embargo, no hemos visto citada en ninguno de los numerosos libros publicados sobre Rusia. Ese título tan largo, acotado entre comillas, cabe simplificarlo en una sola palabra: Vchutemas. Es la ventaja de la moda bolchevique, que tiende a sintetizarlo todo... excepción hecha de los discursos de propaganda.

Mientras recorríamos las diversas dependencias de la Escuela, David Sternberg nos expuso el plan seguido para obtener una juventud de obreros industriales, sensible al doble valor social y estético del arte. Se comienza por un curso general, por el que deben pasar todos los alumnos, y que comprende la enseñanza de los elementos esenciales de la pintura, escultura y arquitectura. En la sección de pintura, que por ser la de

su especialidad es donde más nos detuvimos, se trabaja el color bajo todos sus aspectos. Sólo después de dominarlo y de haber probado que lo conoce a fondo pasa el alumno a pintar. No se le impone al alumno ninguna orientación "revolucionaria" determinada. Puede elegir en el grupo de profesores aquel que más le diga a su temperamento. En caso de duda, allí está Sternberg para aconsejarle. En el cuadro profesoral se hallan representadas todas las tendencias, desde la pintura académica, a cargo de Archipoff, hasta Chevchenko, pasando por Sternberg, Falk y Drevin.

La sección de arquitectura es la más dominada por el afán de dar la nota nueva, aun a costa de la belleza de la producción. Los métodos de trabajo, muy originales. Primero, un estudio del material como simple masa —impresión de monumentalidad—. Luego, dominio de la masa conforme a las necesidades de la línea. Una vez impuesto en ambas cosas, principia el alumno a construir por su cuenta proyectos de estaciones, casas, escuelas. Vi una exposición de pequeños modelos, algunos de ellos muy sugestivos, dominando la tendencia cubista.

En los cursos posteriores, y después de haber aprendido bien las nociones fundamentales de la pintura, escultura y arquitectura, los alumnos van especializándose. La inmensa mayoría viene a parar a los talleres de tejidos, mobiliario, litografía e imprenta, instalados en el mismo edificio. Allí es donde se nota la influencia artística sobre la producción industrial. Me mostraron telas preciosas; trabajos en metales, lámparas, hierros, verjas de gran originalidad y bastante buen gusto; ediciones de libros interesantísimas. Entre ello, a veces, verdaderos esperpentos; pero mucho más bueno que malo.

Hay otra sección de teatro, con toda clase de tentativas de escenario y decorado en miniatura. En aquel momento ensayaban una nueva interpretación escenográfica de *Androcleas y el león*, de Bernard Shaw.

Tropezaba la Escuela —según me manifestó Sternberg— con la escasez de dinero. Aquí, como en otras ramas del Comisariado de Educación, había sido preciso reducir mucho los gastos. De mil quinientos alumnos de ambos sexos inscriptos a principio de año, sólo quedaban mil. Su situación era muy precaria. Aquellos que gozaban de estipendio, recibían diez rublos de oro al mes: un jornal de hambre. Menos mal que siempre se les presentaban encargos particulares con los que defenderse un poco: reclamos de anuncios, telas para vestuario de teatro, etc..., que eran rápidamente ejecutados por los grupos de las diversas secciones, con gran entusiasmo y en un simpático espíritu de camaradería.

Hablé con uno de los alumnos de más talento —influido indiscutiblemente por Renoir— sobre la situación de los pintores en la Rusia soviética. Me dijo que lo pasaban muy mal. Era difícilísimo vender un cuadro. La poca gente que disponía de dinero, el "nepmany —nuevo rico—, no quería descubrirse mostrando que le sobraba para emplearlo en cosas superfluas. Había que tener además en cuenta la crisis de alojamiento. Una familia que contara en Moscú con dos habitaciones era feliz. No quedaban, pues, sitios para cuadros.

Pasé más tarde con Sternberg muchos ratos agradables hablando de arte y de literatura. Al recordarlos me invade ese sentimiento de melancolía que acompaña a buena parte de los que habiendo estado en Rusia no podemos luego olvidarla.

(1) Del interesantísimo libro de Julio Alvarez del Vayo *La Nueva Rusia*, recientemente publicado.

# BALNEARIO ABOGADOS, ABOGADISMO Y CIUDADANIA

(A Benjamín Jarnés.)

Ya en la galería encristalada  
puente del Hotel al Balneario  
hay una sonriente luz terapéutica  
de la mejor marca  
que no anunciaban los folletos

El agua termal sulfhídrico-azoadada  
fluye a 26° 5"  
Mas este sol de guante blanco  
hace subir el termómetro de los rostros pálidos.  
Curas de agua de sol  
o de dinero y rejuvenecimiento?

Sin estas dudas que se plantean los agüistas,  
el paisaje vive de sí mismo verdadero todo el año  
La administración cuida del optimismo  
cuatro muchachas juegan matinalmente al tennis;  
acordes elegantes del rectángulo blanco.

En las galerías hay esos enfermos profesionales  
que cumplen bien con su deber  
Un cura bebe litúrgicamente diez vasos seguidos.  
y una marquesa proclama orgullosamente que ha obtenido per-  
[miso para sumergirse en el baño histórico de Isabel II

La piscina azulada  
no será una invitación al retorno del candor?  
En ella se miran dos sesentonas dispépsicas  
En la sala de vaporizaciones  
fabrican niebla londinense  
Y un intenso olor sulfhídrico  
es nuestro inevitable perfume de moda

A un extremo del parque pasea el Doctor  
El viento confundiéndole con un árbol  
arranca las últimas hojas de sus barbas amarillentas.  
Mientras él con sus ojos toma el pulso al río exangüe  
que fluye débilmente bajo las montañas enfermeras.

Medio día  
Al entrar en el restaurant  
el maitre dirige militarmente un despliegue de langostas  
Y el terceto ataca sin convicción,  
un vals lánguido de convalecientes

GUILLERMO DE TORRE.

1924.

"La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos". (Cervantes: "Don Quijote de la Mancha". Parte II, capítulo 58.)

"La libertad no debe ser vendida por ningún dinero". (Cervantes: "Trabajos de Persiles y Sigismunda". Libro III, capítulo 14.)

"Lo que no se puede decir, no se debe decir", escribía Larra en un admirable artículo, hecho para sortear la censura de aquel tiempo, algo más suave que otras que vinieron después. Nosotros, sin embargo, tenemos que discrepar de Larra, porque lo que se debe decir es preciso decirlo... aunque sea por señas.

Vamos a hacer unos cuantos comentarios, con ocasión de la reciente publicación de un librito, editado por la *Revista de Derecho privado*, del que es autor el profesor italiano Piero Calamandrei: "Demasiados abogados." Como nuestra Revista no es científica, ni alardea de técnica alguna, prescindiremos del comentario solemne de las muchas interesantes cuestiones que en él se exponen. Baste decir que es un libro serio y ameno, cuya lectura conviene —más aún—; es necesaria a los abogados, a los clientes presentes, pretéritos (más o menos imperfectos) y futuros; a los estudiantes, antes de elegir carrera, y a los padres de familia, antes de acordar el porvenir de sus hijos.

Estudia el profesor Calamandrei las causas de la decadencia intelectual, moral y material de la profesión de abogado, y hace un análisis crudo y minucioso de la que estima esencial: el excesivo número de profesionales. Obedece esto a la defectuosa organización de los estudios. Otro día, si estamos de humor, hablaremos de *L'Università di domani*, del mismo autor, y de los vicios de que —en España más que en Italia— adolece la de hoy. Por ahora, veamos muy a la ligera la misión que cumple desempeñar a los *infrascritos*, según el profesor de Florencia.

El oficio del abogado, ¿consiste sólo en hacer triunfar las pretensiones del cliente? Si esto fuera, no merecería la consideración de auxiliar de la administración de justicia. La defensa del interés del cliente es sólo consecuencia de la función pública del abogado. "Antes de defensor de la parte, el Letrado debe ser, debe querer ser, en interés del derecho, su primer juez, negando inexorablemente su asistencia a los deshonestos que hacen del pleito una especulación y no sosteniendo ante los Tribunales una causa sin el convencimiento de que es fundada. El abogado aparece así como un elemento integrante de la organización judicial, como un órgano inmediato puesto entre el juez y la parte, en el cual el interés privado de lograr una sentencia favorable y el interés público de alcanzar una sentencia justa se encuentran y se concilian".

Fué artículo importante del programa liberal en el siglo pasado el de la independencia del Poder judicial, y, si aún queda mucho por hacer, no poco fué lo hecho. Hasta tal punto, que el ex ministro conservador y auditor de guerra señor Ugarte escribió que "si la revolución de 1868 conserva aún trazos y matices de su obra, es principalmente porque vibra todavía en nuestro Estado de derecho el eco de aquellas radicales modificaciones llevadas a cabo en nuestra legislación penal y procesal y en la organización de tribunales". Tales han sido y son los artificios puestos en juego, que todavía habrá de figurar el mismo artículo en todo manifiesto que concrete las aspiraciones de los liberales españoles.

Con frases de Calamandrei hemos argumentado hasta concluir que la función del abogado es una función pública. Podríamos decir, como para otro propósito dicen los procesalistas modernos, que es una *función pública de ejercicio privado*. Resulta evidente que la independencia reconocida por la ley a los jueces y tribunales debe amparar a los letrados, y que toda fuerza de que se les haga objeto es violación de la independencia del Poder judicial.

Pero, además de su misión procesal, los abogados, por su cultura, su conocimiento de las leyes, su amor a la Justicia y su sentimiento del derecho, deben de ser ejemplares de ciudadanía, intransigentes con la inmoralidad, respetuosos con el derecho ajeno y guardadores celosos de su propia independencia. Esta otra función pública de ciudadanía es consecuencia de la primera y tan importante como ella, porque cuando los abogados no la cumplen la abogacía se convierte en abogadismo y el abogado en picapleitos.

CASA ESPECIAL EN ARTÍCULOS PARA REGALO  
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

Este número ha sido censurado

## TIRANO BANDERAS

## LIBRO QUINTO

## EL CONGAL DE CUCARACHITA

## Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

(Continuación.)

## VIII

La mustia pareja del ciego lechuzo y la chica amortajada escurríase con las luces grises del alba por el Arquillo de las Madres Portuguesas. Se apagaban las luminarias. Los rotos ensabanados dormían acogidos por las escalerillas de las iglesias. En los Portalitos quedaba un rezago de ferias, y el Tío-Vivo daba su última vuelta en una gran boqueada de candilejas. El ciego lechuzo, y la chica amortajada, llevan fosco rosmar. Van mentando de la poca plata recogida en la colecta. El fosco rosmar de todas las noches, claveteado entre las cuatro pisadas:

—Tiempos más fregados no los he conocido. ¿Dónde otras ferias!...

Habló la chica sin mudar el gesto de ultratumba:

—En cuanto el dinero es papel, el mundo por los suelos. Sacudió la cabeza el lechuzo:

—Cucarachita no renueva el mujerío y así no se sostiene un negocio. ¿Qué tal mujer la Panameña? ¿Tiene partido?

—Poco partido tiene para ser nueva. ¡Está mochales!

—¿Qué viene a ser eso?

—¡Modo que tiene una chica que llaman la Malagueña! Con ello significa los transtornos.

—No tomes el hablar de esas mujeres.

La amortajada puso los tristes ojos en una estrella:

—¿Se me notaba que estuviese ronca?

—No más que al atacar las primeras notas. La pasión de esta noche es de una verdadera artista. Sin cariño de padre, creo que hubieses tenido un triunfo en una sala de conciertos: No me mates traidora ilusión.—¡Ahí has rayado muy alto! Hija mía, es preciso que cantes pronto en un teatro, y me redimas de esta situación precaria. Yo puedo dirigir una orquesta.

—¿Ciego?

—Operándome las cataratas.

—¡Ay mi viejo, cómo soñamos!

—¿No saldremos alguna vez de esta pesadumbre?

—¡Quién sabe!

—¿Dudas?

—No digo nada.

—Tu no conoces otra vida, y te conformas.

—¡Vos tampoco la conocés, taitita!

—La he visto en otros, y comprendo lo que sea.

—Yo, puesta a envidiar, no envidiaría riquezas.

—¿Pues qué envidiabas?

—¡Ser pájaro! Cantar en una rama.

—No sabes lo que hablas.

—Ya hemos llegado.

En el portal dormía el indio con su india, cubiertos los dos por una frazada. La chica fúnebre y el ciego lechuzo pasaron perfilándose. El esquilón de las monjas doblaba por las Animas.

## IX

Nacho Veguillas también tenía el vino sentimental de boca babosa y ojos tiernos. Con la cabeza sobre el regazo de la daífa, cantaba su aria en la Recámara Verde.

—¡Dame tu amor, lirio caído en el fango!

Ensoñó la manflota:

—¡Canela! ¡Y decía vos que no era romántico!

—¡Angel puro de amor, que amor inspira! ¡Yo te sacaré del abismo y redimiré tu alma virginal! ¡Taracena! ¡Taracena!

Cortó la daífa:

—¡No armés escándalo, Nachito! Dejá vos en paz a la dueña, que no está para tus fregados.

Y le ponía los anillos sobre la boca vinaria. Nachito se incorporó.

—¡Taracena! ¡Yo pago el débito de esta azucena, caída en el barro vil de tu comercio!

—¡Callá! ¡No faltés!

Nachito, llorona la alcuza de la nariz, se volvía a la niña del trato:

—¡Calma mi sed de ideal, ángel que tienes rotas las alas! ¡Posa tu mano en mi frente, que en un mar de lava ardiente, mi cerebro siento arder!

—¿Cuándo fué que oí esas mismas músicas? ¡Nachito, aquí se dijeron esas mismas palabras!

Nachito se sintió celoso.

—¡Algún cabrón!

—O no se habrán dicho... Esta noche se me figura que ya pasó todo cuanto pasa. ¡Son las Benditas!... ¡Es ilusión esta de que todo pasó, antes de pasar!

—Yo te llamaba en mis solitarios sueños. El imán de tu mirada penetra en mí. Bésame, mujer.

—Nachito, no seas sonso y dejame rezar este toque de Animas.

—¡Besame, Jarifa! ¡Besame, impúdica, inocente! ¡Dame un ósculo casto y virginal! ¡Caminaba solo por el desierto de la vida, y se me aparece un oasis de amor, donde reposar la frente!

Nachito sollozaba, y la del trato, para consolarle, le dió un beso de folletín romántico, apretándole a la boca, el corazón de su boca pintada:

—¡Eres sonso!

## X

Tembló el altarete de Animas. El aleteo de un reflejo desquició los muros de la Recámara Verde. Se abrió la puerta y entró sin ceremonia el Coronelito de la Gándara: Veguillas volvió la nariz de alcuza y puso el ojo de carnero:

—¡Domiciano, no profanes el idilio de dos almas!

—Doctorcito, te recomiendo el amoníaco. Mírame a mí, limpio de vapores. ¿Guadalupe, qué haces sin darle el agua bendita?

El Coronelito de la Gándara, al pisar, infundía un temblor en la luminaria de Animas. La fanfarria irreverente de sus espuelas plateras, ponía al guiño del altarete un sinfónico fondo herético. Advertíase señalada mudanza en la persona y arreo del Coronelito. Traía el calzón recogido en botas ginetas, el cinto ajustado y el machete al flanco: Viva aún la rasura de la barba, y el mechón endrino de la frente, peinado y brillante:

—Veguillas, hermano, prestame veinte soles, que bien te pintó el juego. Mañana te serán reintegrados.

—¡Mañana!

Nachito, tras la palabra que se desvanece en la verdosa penumbra, queda suspenso sin cerrar la boca. Oíase el doble de una remota campana. Las luces del altarete tenían un escalofrío aterrorizado. La manflota en camisa rosa—morena prieta— se santiguaba entre las cortinas. Y era siempre sobre su tema el Coronelito de la Gándara:

—Mañana. ¡Y si no mañana, cuando me entierren!

Nachito estalló en un sollozo.

—Siempre va con nosotros la muerte. Domiciano, recobra el juicio, la plata de nada te remedia.

Por entre cortinas salió la daífa, poniéndose el corsé, los dos pechos fuera, tirantes las medias, altas las ligas rosadas:

—¡Domiciano, ponte en salvo! Este pendejo no te lo dice, pero él sabe que estás en las listas de Tirano Banderas.

El Coronelito aseguró los ojos sobre Veguillas. Y Veguillas, con los brazos abiertos, gritó consternado:

—¡Angel funesto! ¡Sierpe bio-magnética! Con tus besos embriagadores me sorbiste el pensamiento.

El Coronelito, de un salto estaba en la puerta, atento a mirar y escuchar. Cerró, y corrida el aldaba, abierto el compás de las piernas, tiró de machete.

—Trae la palangana, Lupita. Vamos a ponerle una sangría a este doctorcito de guagua.

Se interpuso la daífa en corsé:

—Ten juicio, Domiciano. Antes que con él toques, a mí me traspasas. ¿Qué pretendes? ¿Qué haces ya aquí sofregado? ¿Corres peligro? ¡Pues ponte en salvo!

Se tiró de los bigotes con sorna el Coronelito de la Gándara.

—¿Quién me vende, Veguillas? ¿Qué me amenaza? Si horita mismo no lo declaras, te doy pasaporte con las Benditas. ¡Luego, luego ponlo todo de manifiesto!

Veguillas, arrimado a la pared, se metía los calzones, torcido y compungido. Le temblaban las manos. Gimió turulato:

—Hermano, te delata la vieja rabona que tiene su mesilla en el juegucito de rana. ¡Esa te delata!

—¡Putá madre!

—Te ha perdido la mala costumbre de hacer cachizas, apenas te pones trompeto.

—¡Me ha de servir para un tambor esa cuera vieja!

—Niño Santos le ha dado la mano con promesa de chico-tearte.

Apremiaba la daifa:

—¡No pierdas tiempo, Domiciano!

—¡Calla, Lupita! Este amigo entrañable, luego, luego me va decir por qué tribunal estoy sentenciado.

Gimió Veguillas:

—¡Domiciano, no la chingues, que no eres súbdito extranjero!

Insistió la del trato:

—¡Sálvate, Domiciano!

El Coronelito, relampagueó el machete sobre las cabezas: La daifa, en camisa rosa, apretaba los ojos y aspaba los brazos: Veguillas era todo un temblor arrimado a la pared, en faldetas y con los calzones en la mano: El Coronelito se los arrancó.

—¡Me chingo en las bragas! ¿Cuál es mi sentencia?

Nachito se encogía con la nariz de alcuza en el ombligo.

—¡Hermano, no más me preguntes! Cada palabra es una bala... ¡Me estoy suicidando! La sentencia que tú no cumplas vendrá sobre mi cabeza.

—¿Cuál es mi sentencia? ¿Quién la ha dictado?

Desesperábase la manflota, de rodillas ante las luces de Animas:

—¡Ponte en salvo! ¡Si no lo haces, aquí mismo te prende el Mayorcito del Valle!

Nachito acabó de empavorizarse:

—¡Mujer infausta!

Se ovillaba cubriéndose hasta los pies con las faldetas de la camisa. El Coronelito le suspendió por los pelos: Veguillas, con la camisa sobre el ombligo, agitaba los brazos en aspa. Rugía el Coronelito:

—¿El Mayor del Valle tiene la orden de arrestarme? Responde.

Veguillas sacó la lengua:

—¡Me he suicidado!

FIN DEL LIBRO QUINTO

## España ante la Sociedad de Naciones

Los lectores de EL ESTUDIANTE habrán observado, quizá con extrañeza, que nuestra Revista, siempre propicia a recoger en sus columnas los latidos vitales de la opinión, que de tiempo en tiempo se dejan sentir en nuestra Patria, ha guardado un prudente silencio ante el movimiento de interés que al menos en la Prensa se ha despertado estos días atrás con motivo de la ampliación de los puestos permanentes del Consejo de la Sociedad de Naciones.

La sorpresa de nuestros lectores será mayor cuando vean que ahora, que todo el mundo descansa hasta septiembre de la febril actividad internacional, reaccionamos nosotros, tardíamente. La explicación de nuestra aparentemente anómala actitud es, sin embargo, muy sencilla.

EL ESTUDIANTE, que se preocupa hondamente de la situación política internacional de España, y que cree tener un criterio lo bastante definido de sus problemas para poder opinar públicamente, dejó a los demás que lo hicieran primero, en los momentos de excitación y apasionamiento, es-

cogiendo él un período de calma para analizar con serenidad la cuestión.

Consideramos que es la Sociedad de Naciones una de las esperanzas que se ofrecen a nuestra Patria

El órgano de la paz —como con un optimismo prematuro se le llama—, con todos sus defectos, es, al menos idealmente, una de las más sólidas bases de la libertad y de la justicia. Porque el solo intento de crear una institución que resuelva por medios jurídicos los conflictos entre los Estados, supone el plausible y racional deseo de anteponer, en las relaciones entre los pueblos, la razón y el derecho al imperio de la violencia. Y aun cuando sólo fuera en este aspecto, su ideario merecería ser acogido, por nuestra parte, con el más fervoroso entusiasmo. Por esto, todo aquello que signifique una seria y formal adhesión de España a los principios de la Sociedad de Naciones y una colaboración íntima que nazca del respeto y acatamiento de sus más esenciales y genuinos preceptos, contará siempre con nuestro apoyo.

Pero las pretensiones de España a ocupar un puesto permanente del Consejo de la Sociedad de Naciones no tenían enteramente este carácter. Sus derechos han sido mantenidos aquí y en Ginebra con calor, basándose en los títulos que le confiere su gloriosa tradición histórica (que ahora parece tener un nuevo resurgimiento con el desembarco feliz de nuestras tropas en Alhucemas y el vuelo de los aviadores) y su especialísima situación de país neutral durante la guerra. El valor y peso de estas circunstancias es innegable, y se ha hecho resaltar lo suficiente para que no insistamos nosotros de nuevo con los mismos argumentos. En verdad, sería muy hermoso para España poder actuar como país independiente y desinteresado, a quien le fuera encomendada la misión de juez imparcial, depositario de la justicia y del prestigio de la Institución, ya que casi todos los demás países se encuentran más directamente interesados en la mayor parte de los problemas que plantea la realidad política internacional.

Veríamos, por tanto, con íntima satisfacción —no decimos orgullo, porque tiene esta palabra un sentido excesivamente nacionalista— que todos los países reconocieran los derechos de España y no se pusiese ningún obstáculo para su satisfacción. Pero juzgamos indispensable, para que esta bella esperanza se convierta en realidad, que se trabaje ahora aquí para que se revele la conciencia jurídica del pueblo español, amplia y vigorosa, que proclame los principios de "hombres libres y honrados" en odio y oposición a las empresas desatentadas y bélicas de la arbitrariedad y de la fuerza.

Es necesario que se divulgue la idea de la Sociedad de Naciones y que el pueblo se convenza de su necesidad y eficacia para que demos la sensación al mundo entero de que España, conservando su eterno fondo noble y romántico, lanza con gesto espontáneo sus brazos cordiales a los demás pueblos en anhelo de solidaridad y concordia.

Esta será la máxima garantía que pueda ofrecerse a los demás países de la leal colaboración de nuestra Patria en la obra de la paz, y por todas partes será reconocida la necesidad de que España ocupe un puesto en el Consejo de la Sociedad de Naciones.

### A NUESTROS SUSCRIPTORES DE PROVINCIAS

*Al cumplirse con este número el primer trimestre de "El Estudiante", advertimos a nuestros suscriptores trimestrales de provincias la necesidad de que nos envíen por giro postal el importe de la renovación de su suscripción para continuar recibiendo la Revista.*

Este número ha sido  
visado por la censura

# SOLILOQUIOS

Por DIONISIO LA CRUZ

ESTILO ESPAÑOL

## “Emocionante” desfile

*Hace unos días, El Debate publicó unas líneas comentando, en tonos encomiásticos, “la larguísima columna” que formaron los jóvenes para ganar las indulgencias del Jubileo, recorriendo algunas iglesias. Somos profundamente respetuosos con todo lo que signifique un sentimiento religioso honda y sinceramente profesado; pero también somos profundamente intransigentes con toda la faceta espectacular, llamativa, grotesca, teatral y temporal de una religión, cualquiera que ésta sea.*

*No lamentamos no haber presenciado el desfile de esa gran columna, que tenía por cabeza unos guardias a caballo, y por cola, unos guardias a pie. ¿Se pararon a pensar sus organizadores —¡Luisas angelicales!— en lo que le hubiera parecido a Santo Tomás —del que tanto tienen que aprender— el espectáculo que prepararon para que se solazara el pueblo de Madrid? Según El Debate, al llegar a la Gran Vía, la fe ostentosa y aparente —¡que no es fe!— de aquella columna contagió a su cabeza y a su cola, y los guardias, con sus caballos y sus cascos, comenzaron a cantar. Tenemos que reconocer que lamentamos no haber presenciado esto último: es una labor de catequesis genial.*

*En un editorial anterior hacíamos la justicia a los Luisas de reconocerles sus buenas dotes para organizar funcioncitas malas. En éste les aconsejamos que hagan uso de esas dotes y que no organicen sino espectáculos teatrales, pero no espectáculos religiosos callejeros. Por respeto a la misma religión, deben de abstenerse de hacerlo.*

*El Debate llama, a propósito de estos hechos, la atención de los pesimistas de acá y de los obcecados de allá, y en ellos ve la nueva y vigorosa savia que circula ya por el viejo tronco; termina el artículo dirigiéndose a los jóvenes, a los que les dice con el poeta:*

... vuestros brazos  
alcen de los escombros que nos cercan  
otra España, otro Estado y otra Patria  
más grande y más feliz que la primera.

*A nosotros nos parece que este verso forma parte de una charada, y que esta primera, o se refiere a la España anterior a la invasión de los árabes, o es la primera sílaba de la solución de la charada. Sin duda que, hacer cantar a los guardias con sus caballos, es indicio de mucha savia; nunca hicieron los Luisas otra cosa más que desafinar y desentonar; quizás los guardias, con sus luces, les afinen e iluminen.*

Amo la literatura delirante, excesiva. El ritmo rápido y vertiginoso, de esencia musical, pero ondulante como el agua, con fluidez de corriente, de marcha veloz, siempre viva y continua. Amo la consecuencia de este *allure*: la construcción inextricable, difícil, de aliento sin fin, complicadísima, de múltiples curvas y sinuosidades endemoniadas. La imagen exacta de todo eso es el agua ondeante de una corriente, de movimiento elegante y permanente, así como el azar culebreante de una cuerda agitada en todas direcciones, génesis de incalculable arabesco. El español es de esencia apto para la construcción intrincada y la marcha flúida de largo aliento. Pero se prefiere hoy construir en francés, briqueta a briqueta, malogrando el genio de la lengua, que es de totalidad y no de matices, con lo que el estilo resulta flojo, pobre y descolorido, de una timidez de colegial. ¡Cuándo nos daremos cuenta de que hay entre nosotros y el resto de Europa diferencias profundas! Realmente, quien puede lo más puede lo menos. Nosotros podremos construir a la francesa o a la inglesa, aunque no ganaremos nunca la coloración y el perfume que se exhala naturalmente de esas lenguas, y que si nosotros sugerimos, a veces, lo hacemos gracias a un esguince de construcción. En cambio, esas lenguas adolecen de impotencia absoluta para llegar a la velocidad mareante y libérrima-genuina del español; acaso sonrían linfas tenues, de andar liso y tranquilo, de gran mansedumbre, eyaculadas gota a gota —así como edifican, piedrecita y piedrecita, sus exquisitas construcciones; pero nunca lograrían el poderío, la alegría y la libertad españolas. También se ha echado mano del español en forma de grandes sillares, para elevar palacios, muros y torres, que le han dado al idioma un aspecto arquitectural, donde lo ha perdido todo, su propio genio y aun el que hubiera podido tomar de prestado: todo, movimiento y sugestión. Se ha hecho algo inmóvil y abrumador, de horrible simetría, con ese frío de piedra de los edificios del Renacimiento, sabios pero sin corazón —páginas construídas de ingentes períodos murales, donde cada punto y coma marcaba un sillar—. Y aun en medio de todo eso, el genio flúido y serpentino del idioma brotaba repentinamente con su alegría de corriente vivísima, ávida de correr... de correr sin fin ni descanso, embriagada por su misma carrera.

## TESORO POÉTICO

Nada de buscar ideas en un poeta. Pero, en cambio, ¡cuántas pueden ponerse en él! Por esto se dice que nada es más rico en ideas que un poeta como la naturaleza, como las cosas, como el mundo... como cuanto lleva en sí la elocuencia impremeditada, que es la vida, el cerebro ecuménico. El hecho de balbucear la vida y de no formular ideas, da al poeta su inmensidad de pensamiento.

LOS MEJORES ARTÍCULOS PARA DIBUJO  
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

EL PALACIO DE LA ESTILOGRÁFICA  
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

# LAS CONFERENCIAS DE BAGARIA

**Este número ha  
sido visado por  
la censura**

\* \* \*

A propósito de los artículos que publicó en *El Defensor de Granada* nuestro corresponsal Ramiro Rico, artículos atinadísimos, en los cuales se comentaba la conferencia que un desgraciado *vendió* (no sabemos a qué ínfimo precio) para refutar al gran Bagaría; a propósito de aquellos artículos de nuestro corresponsal, el Director de EL ESTUDIANTE envió días pasados una carta a *El Defensor de Granada*. Por un error de la más elementalísima cortesía, que no sabemos explicarlo, el periódico granadino publicó dicha carta de un modo caprichoso, suprimiendo gratuitamente cuantas palabras eran peyorativas para el desgraciado conferenciante. Es éste un hecho que consignamos, lamentándolo, pues nos ha sorprendido mucho la actitud de ese periódico, que nos parece el más serio de Granada.

## “EL ESTUDIANTE” EN MÁLAGA

Fué Málaga la población elegida por la Redacción de EL ESTUDIANTE para comenzar su actuación en provincias, y a ella llegaron el gran artista Luis Bagaría y el Director de esta Revista, alentando con sólo su presencia a cuantas personas sienten en Málaga con verdadero entusiasmo la obra liberal.

Nada más beneficiador, por consiguiente, para nuestra ciudad, que estos tres días, en los cuales se ha reavivado el espíritu de Málaga, deseoso siempre de mejores horizontes.

La presencia de Bagaría, y su palabra, y su gran entusiasmo, ha dejado en nosotros un profundo optimismo. Alrededor de Bagaría y Giménez Siles, durante los días que permanecieron con nosotros, se congregaron todos los elementos liberales de Málaga. Diríase que la población —no libre, por desgracia, de la atonía general— ha vibrado en estos días, ha reunido en un solo grupo a todos los hombres liberales, dando con semejante manifestación de entusiasmo una muestra de posible vitalidad. A ello contribuyó Bagaría con su espléndida conferencia, en la cual, con palabras sencillas, pero llenas de una gran sinceridad y emoción, abordó los más vivos problemas de la España actual. Como en sus caricaturas, Bagaría recogió en su disertación la línea necesaria, dando a sus palabras sobriedad y precisión. Por otra parte, para que todo no quedase en un entusiasmo pasajero, en el homenaje que la juventud republicana les ofreció, Bagaría propuso la fundación de un periódico izquierdista, en cuyas páginas pudiera manifestarse el espíritu liberal de Má-

laga. Bagaría cedió su concurso apenas hizo la proposición, y Giménez Siles, con no menos entusiasmo, cuantos elementos de EL ESTUDIANTE se pudiesen utilizar.

He aquí un sucinto resumen de la obra realizada aquí, en tres días, por EL ESTUDIANTE. Cada vez somos más los jóvenes que fiamos en ese grupo de EL ESTUDIANTE, y cada vez sentimos con más fuerza la necesidad de secundar por nuestra parte la labor que realiza aquel grupo.

P. C.

Representante de EL ESTUDIANTE.

Málaga, marzo.

## LA CONFERENCIA DE BAGARÍA EN GRANADA

Invitado por un Centro de aspiraciones culturales de ésta, pronunció el día 11 del pasado una conferencia Luis Bagaría, nuestro genial colaborador. Correspondió la citada conferencia a una serie de ellas organizadas por EL ESTUDIANTE, en su propósito de desear un ambiente y una España liberal. La primera de ellas correspondió a Málaga, donde Luis Bagaría obtuvo un éxito decidido. Como es de esperar por su valentía y honradez.

En Granada, la conferencia de Bagaría —de “almohadón”— fué acogida por los elementos intelectuales juveniles como el primer grito que ha de conmover la estructura actual y dar a ella un nuevo y opuesto matiz. Luis Bagaría expuso, valiente y sinceramente, como a él le caracteriza, sus opiniones, que son las nuestras, y la de un grupo selecto —compañeros nuestros— de la juventud granadina. En donde no hay liberales puros, pero sí señores que así se titulan a sí mismos, que inmoralmente actúan, ya es algo el éxito de Bagaría y la existencia de jóvenes que creen que el porvenir de España ha de ser dentro de una estructura decididamente liberal.

Pero para los reaccionarios granadinos la pureza y honradez, la sinceridad de Luis Bagaría, no significa nada. Y a su actitud de hombre honrado y sincero han respondido con insultos de naturaleza inconfesable. Esto hacen los que se titulan católicos y creen que ser cristiano no se relaciona con sus normas primitivas. Para ellos Cristo no es sino una figura bajo la cual esconden sus instintos inhumanos. Nosotros no hubiéramos hablado de este desagradable incidente, aunque estamos a ellos acostumbrados, si tan sólo se permitieran los reaccionarios granadinos atacar la doctrina e ideología de Bagaría. Pero no es así. Sus insultos los han dirigido a lo que para ellos, de acuerdo con sus doctrinas, debiera ser sagrado: la honra. A Luis Bagaría, ¡el hombre honrado, sincero, puro!, se le ha injuriado en aquello que él más estima. Y ellos, que han llamado “cínico” a Bagaría, no tienen su conciencia tranquila.

\* \* \*

Los jóvenes granadinos, que tan unidos estamos a EL ESTUDIANTE, hacemos constar nuestra incondicional adhesión a Bagaría y a la obra de nuestra Revista.

NICOLÁS RAMIRO RICO  
Representante de EL ESTUDIANTE.

Granada, marzo.

## MOTIVOS DE LA HÉLICE

Hélice, ¡qué alegría!  
Cien mil brazos a un tiempo.  
Y la bola del mundo  
en pequeño.

Hélice, sólo un punto  
fijo en el centro.  
El ojo de la tierra  
en la lupa del cielo.

Tiro al blanco.  
(Los cometas no pueden;  
les pesa mucho el rabo.)

Margarita nacida  
en la risa  
de un niño malo.

Mañana o cualquier día  
le empujarás al cielo  
por que te deje  
más espacio.

Miguel Pérez Ferrero.

(Anticipaciones del libro "Poemas del Aire". Noviembre de 1925. Marzo de 1926.)

## AL MARGEN DE LOS LIBROS

## UN LIBRO ORIENTADOR

*La nueva Rusia*, de Julio Alvarez del Vayo.

No es preciso adherirse enteramente a la moda superficial—como todas las modas— del relativismo acrobático de Pirandello para reconocer esa antigua verdad que nuestro pueblo ha sabido esculpir en una fórmula insuperable: "Cada uno habla de la feria según le va en ella."

Esto es lo que viene ocurriendo con los diversos juicios sobre la Rusia de los Soviets. Cada uno de los viajeros que vuelven de allá nos pinta una Rusia revolucionaria, concebida a imagen y semejanza de sus prejuicios personales. En España se da el fenómeno con singular simplicidad, ya que entre nosotros no existe, desdichadamente, un filósofo bastante elevado para enfocar el problema ruso, desde un punto de vista universal y eterno, a la manera de un Wells o de un Rolland, por encima de los intereses capitalistas y de las pasiones proletarias. El resultado de tan deplorable incompreensión es un desconocimiento general, en toda España, con respecto a las realidades efectivas de la nueva Rusia.

Hemos visto a Fernando de los Ríos, socialista de cátedra, deplorar la escasez de libertades político-sociales en la Rusia soviética, cerrando los ojos tercamente ante los beneficios positivos que florecen en Rusia, junto a ese caso indiscutible del liberalismo a lo Smith, que es hoy un fenómeno universal y no exclusivamente ruso. Isidoro Acevedo, el generoso abuelo del comunismo español, nos ha descrito en cambio, con ingenuidad conmovedora, pero evidentemente apasionada, una Rusia paradisiaca, llena de gracias y riquezas, y hasta de libertades de toda índole, desde el instante mismo de estallar la revolución, pese a las predicaciones moderadas de Lenin. En fin, Angel Pestaña, el más ciego de todos, nos ha dejado estupefactos, pidiéndole al proletariado ruso triunfante, en nombre de la causa obrera, que suprima radicalmente su gobierno dictatorial y su ejército rojo, y se defienda de los ataques del capitalismo mundial con folletos anarquistas y otras artes no menos sutiles. Después de leer las Memorias de viaje de estos significados turistas político-sociales de la República soviética, uno se queda más despis-

tado que antes, en torno a la verdadera verdad de lo que pasa en Rusia.

En semejante trance, la aparición del libro *La nueva Rusia*, de Julio Alvarez del Vayo, ha venido a ser, para muchos, como un hilo de Ariadna salvador. Alvarez del Vayo está especialmente capacitado para interpretar la realidad histórica y el sentido íntimo de la revolución rusa. Decía Renán que, para comprender una religión determinada, el mejor estado de espíritu es el del antiguo devoto que, habiendo perdido la llama viva de la fe, conserva las ascuas del amor. Si mis informes particulares no me engañan, esta es —o muy parecida— la disposición de ánimo de Alvarez del Vayo frente a la religión comunista. (El comunismo, y de un modo especial el comunismo ruso, es, ante todo y sobre todo, un fenómeno de índole religiosa, aunque no lo entiendan así los dogmatizantes del marxismo.)

La especialísima situación psicológica de Alvarez del Vayo, unida a muchas admirables condiciones técnicas: conocimiento profundo, con amplia base universitaria y periodística, de las leyes económicas y las fuerzas políticas que rigen el mundo de la post-guerra, dominio de varios idiomas europeos, aguda perspicacia para la captación del hecho imperceptible, soltura de movimientos en los medios intelectuales y políticos, trato exquisito, simpatía innata por las cosas del pueblo, etc., etc.; todas estas cualidades excepcionales, dirigidas por una clara inteligencia y esmaltadas por un estilo vigoroso, lleno de gracia y de viveza, le han permitido a Vayo escribir el libro más serio de cuantos se han publicado hasta hoy, en lengua española, sobre la realidad político-social de la Rusia soviética.

Resalta en este libro, ante todo, la objetividad de la visión. Hallamos en él dos cuadros completamente distintos de la nueva Rusia, que revelan diáfananamente la lealtad informativa del autor. Se refiere el primero de estos cuadros a la situación desesperada de Ucrania en el año del hambre: 1922, cuando nuestro autor la visita como delegado del doctor Nansen. Al través de las crónicas de aquella época, enviadas por Vayo a *La Nación*, de Buenos Aires, sentimos la tragedia de un pueblo azotado por la fatalidad, sin que veamos al autor caer un solo instante, como tantos otros cayeron en la grotesca estupidez de atribuir el hecho natural de la sequía a la impericia administrativa del Gobierno soviético.

En el año 1924, Julio Alvarez del Vayo hace un nuevo viaje a Rusia, más detenido y penetrante, y nos describe entonces un paisaje totalmente cambiado. Asistimos con Vayo, en el relato de su segunda excursión, al espectáculo más bello que puede gozar el alma humana: el resurgimiento de un pueblo heroico frente a todas las dificultades acumuladas por la adversidad. Bajo la trama de copiosos datos, inquiridos y comprobados por Vayo, con paciencia de benedictino, vemos a la nueva Rusia, espoleada por el ideal comunista de la abolición de las clases, restañar las heridas de la guerra y del bloqueo, reanimar su industria alicaída, fertilizar la tierra nacional, intensificar el comercio, dar un impulso enorme a la cultura, aislar la superstición eclesiástica, depurar las costumbres, educar al pueblo; todo ello con un fervor desconocido en los reinos fosilizados del Capitalismo. Una gran alegría humana nos ilumina el corazón al terminar el libro de Vayo, que concluye con esta nota esperanzada: "Gracias a la Revolución, Rusia habrá recorrido en veinte años una etapa de progreso que difícilmente hubiese alcanzado bajo el zarismo."

Vayo piensa, con Wells, que el bolchevismo no es la culminación del caos zarista, sino más bien su atajamiento. Lenin —maravillosamente retratado por Vayo, que sintentiza en unas páginas toda la obra de Stalin sobre la doctrina leninista— se nos presenta en el libro: *La nueva Rusia*, como un verdadero redentor, llegado en el momento oportuno para salvar al pueblo ruso de la ruina total. La dictadura del proletariado no ha salvado solamente, en el viejo imperio moscovita, a la clase obrera sublevada, sino que ha logrado salvar a toda Rusia.

La esperanza de Vayo en el porvenir espléndido de Rusia, se funda, lo mismo que la mía, en el maravilloso espíritu creador de la nueva juventud rusa. He aquí una cosa que Maeztu no acaba de entender, pese a los fundamentos espiritualistas de su concepción filosófica. Don Ramiro de Maeztu, cuya buena fe en el estudio de estas cuestiones me parece indiscutible, da la impresión, no obstante, de haber perdido un poco la serenidad crítica frente al problema ruso. Si Maeztu mirase serenamente el fenómeno ruso, vería con toda claridad que eso que él llama el "sentido sacramental del dinero" sólo existe hoy en Rusia. Únicamente en la Repú-

blica de los Soviets se considera hoy la riqueza como un atributo del Poder Social, como una "cara de Dios", que diría Maeztu. En los países capitalistas, sin excluir Norteamérica, el dinero no es, ni puede ser, otra cosa más que un recurso individual para la satisfacción de los placeres particulares. Pero ya digo que Maeztu ha perdido la serenidad en este punto. Le hemos visto llegar al extremo de escribir, sobre su firma, que un pendolista norteamericano, cuyo nombre me sería imposible recordar, vale más que Trozki, puesto que gana mayor número de dólares al mes. ¿Se concibe algo más absurdo? Según esta teoría, del más vulgar saduceísmo, Jesucristo no vale nada en absoluto, ya que jamás tocó una moneda. El mismo criterio esgrime el señor Maeztu cuando trata de valorar comparativamente la fuerza creada del capitalismo norteamericano y la fuerza creadora del comunismo ruso. El señor Maeztu resuelve, de un modo fulminante, todos estos arduos problemas con una simplicísima aplicación del torpe aforismo: "Tanto tienes, tanto vales." Ello no impide que el señor Maeztu se vanaglorie, a todas horas, de engendrar ideas nuevas. ¿Qué entenderá el señor Maeztu por ideas nuevas?

Amigo Vayo: usted cree, como yo, que esos estudiantes de Leningrado y de Moscú, inflamados de entusiasmo social ante los nuevos planes de electrificación de la industria rusa, son infinitamente más ricos —aun desde el punto de vista económico, y aunque no tuviesen un solo rublo en el bolsillo— que todos los millonarios norteamericanos. Choque usted la mano, querido Vayo. Y que nos quememos vivos si quieren transformarnos, ya que ni usted ni yo nos dejaremos arrancar de otro modo esa idea diabólica.

JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN.

## EL SANTO

*Wagner a Augusta Holmes, su discípula, dijo un día: "Lo primero, no imitar a nadie, y, sobre todo, a mí." Gran decir.*

(Rubén Darío, en el prólogo de *Prosas profanas*.)

La emoción que fluye de las páginas de *El Santo* —novela de Antonio Fogazzaro— es honda y levantada. Aquellas posteriores palabras con que dejó la vida Pedro Maironi, el Santo de Yenne, estremecen con su agudo misticismo. Calan las someras cortezas pirronianas hasta llegar a fondos interiores, donde guardamos nuestras penas y nuestras alegrías puras: es que son flores de santidad y arrullos franciscanos.

No sé si esta fe que me reportó un colegio monjil será la verdadera y si ha de servirme para arribar a puerto de bonanza ortodoxa cuando llegue el embarque en el navío sin retorno. He posado hartas veces mi frente pensativa en los versículos evangelistas, y, en cambio, poco sé del olor de confesión.

Amo, siento, reverencia las cosas todas que mis sentidos tienen la gracia de percibir. Amo la fontana, el ave, el hombre, el motor, el río, el gusano y la górgola. Amo la madre tierra y las titilantes estremitas; las rizadas cabelleras áureas y las larvas de los osarios. Pura intención dirigida a todo. ¿Se necesita más? ¿Se necesita las disciplinas, los párrafos difusos del tomismo, un culto mecanizado, las devociones pueriles, la superstición imaginera?

Por las páginas de *El Santo*, llenas de exquisita corrección y limpias de escoria, deambula el alma mística de Pedro Maironi, que sentenció con sencillez, antes de apagarse: "La Iglesia está enferma. Cuatro espíritus malignos han entrado en su cuerpo para hacer guerra al Espíritu Santo. Uno es el espíritu de la mentira... otro, el espíritu de dominación del clero... el tercero, el espíritu de avaricia... el último, el espíritu de inmovilidad."

Pedro Maironi (por otro nombre *Benito*) es vencido por aquellos curitas cucos, pulcros, condotieri, tan aferrados a la rígida disciplina, aunque se perfumen con esencias caras. Desconfían de la normalidad del sembrador franciscano. Pri-

mero le destierran de Yenne, donde las sugerencias de su palabra y obras se convierten en milagros entre los rústicos y crédulos adoradores.

En Roma prosigue expandiendo la semilla. Se capta una cofradía abigarrada de oyentes: marquesas, universitarios, periodistas, obreros, mánceres, mujeres del arroyo. Su palabra de fuego y perfume advierte:

*Orad sin descanso y enseñad a orar sin descanso.*

*Sed puros en vuestra vida.*

*Sed santos; no busquéis lucro ni honores.*

*Purificad la fe para los adultos, los cuales no pueden soportar el alimento de los niños.*

*Sed pobres, vivid como pobres, sed perfectos.*

*Amad a los que os odian; pacificad en el nombre de Dios.*

Martillean estas paalbras cristianas en mi corazón y le dan un ritmo acelerado y trémulo. Alcanzan hasta muy hondo. Si las atendiéramos sin hipocresías y prendieran en el alma, la rotación del mundo cambiaría; la rotación del mundo espiritual. Mas para que se hospeden con alegre arraigo en el pensamiento, es preciso —como dice un personaje de *El Santo*— una reforma en la Iglesia, ejecutada por la legítima autoridad: reforma del culto, de la enseñanza religiosa, de la disciplina del clero, del supremo gobierno.

¿Por qué exalta el cristianismo como elemento de perfección humana un renunciamiento que contradice las leyes de la Naturaleza, que combate al hombre con fierisimas luchas, sin provecho de nadie; que cierra el camino de la existencia a vidas humanas posibles?"

Palabras —tesis de una obra— de Juan Solva, católico apostólico y romano, el "intelectual" de la novela de Fogazzaro, que cuantos padecen inquietudes espirituales y son dañados por la crisis religiosa deben leer y meditar, en deseo de salvación y gozo.

FRANCISCO VALDÉS.

Representante de EL ESTUDIANTE en Don Benito.

"SANTA MUJER NUEVA", por Antonio Porras. (Novela.) Editor, R. Caro Raggio, Madrid.

La novela era antes —y sigue siéndolo aún en algunos de nuestros escritores— un género que tenía algo que probar. Era una especie de tesis doctoral. Al que lo hacía bien le llamaban maestro. Los jóvenes pretendemos otra cosa. Claro que no pretendemos pasar el rato. Pretendemos —al menos yo— decir cosas y cosas serias. Pero todo aquel armamento que tenía la novela antigua lo hemos dejado por inadecuado. Lo importante en un libro es lo que haya que decir. Toda aquella antigua trama no tenía nada que ver con la *dicción* propiamente dicha. No era necesaria, por otra parte. Así es que en los libros de hoy no buscamos el argumento, ni si tal figura de la novela es más o menos simpática. O bien: si los caracteres están bien o mal dibujados. Todo esto tiene mucha semejanza con lo que los del argot teatral llaman "mover los muñecos". Viene todo esto a cuento de que esta novela, que estoy leyendo, *Santa Mujer Nueva*, de Antonio Porras, pertenece a otro género del que anteriormente he hablado. Aquí lo interesante es únicamente lo que se diga y cómo se diga. Lo hemos de mirar desde este punto de referencia. No tenemos otro. Y, admeás, para mi gusto, no necesitamos otro.

De los intentos de escritores españoles jóvenes para renovar la novela creo que el mejor camino es el marcado por este libro. No supone, naturalmente, que lo nuevo haya de ser frívolo. No hablo tampoco de realizaciones. Hablo de posibilidades. Todos están de acuerdo en que la trama, los personajes deben pasar a lugar secundario. En lo que no están de acuerdo es lo que haya de ser una novela nueva. Unos creen que la novela —y todos los géneros literarios modernos— han de ser mero juego, sin trascendencia y sin significación. Otro, que la modernidad está caracterizada por el humorismo. No entremos al estudio de estos problemas. Antonio Porras sigue otro camino. Ante todo, el temperamento del novelista es un temperamento lírico. Lo mejor logrado del libro son las transfusiones de la naturaleza. La naturaleza es su principal espectáculo y su principal motivo. Le perjudica un poco cierta limitación de medios de expresión, querida o inconsciente. Si en Baroja —nombre que viene a mi memoria por asocia-

ción de ambiente, pues la novela de que tratamos transcurre en Vasconia— esto es disculpable, ya que se trata de escritor que concede gran importancia —importancia absoluta— a la acción —a pesar de que Luis Araquistain haya dicho que Baroja era un lírico con pocos medios de expresión—, esto no es disculpable en un escritor que hace que todo el interés del libro está en lo que se diga. La literatura es arte, y arte que requiere muchos cuidados. Tiene, no obstante, Antonio Porras aciertos de expresión. He de transcribir algunos. Creo, en fin, que estamos ante un buen camino a seguir. Yo saludo a cualquier *pioneer* que por él se lance.

“Como iba de paso en su volar, por eso se olvidó de haberme visto. Buho de magníficos, dulces y penetrantes ojos, rey de la noche, llévame en tu volar, que estoy herida, ¿no lo ves?, cierva herida, en medio del matorral, lleno de lobos. Buho, rey de la noche, llévame en tu volar, yo te diré el camino. Oyeme, buho de ojos magníficos: El iba siempre por el aire, volando; por donde pasaba nacían unas florecitas. Llévame, rey de la noche, que yo ya no puedo caminar sobre las florecitas que dejó su paso, porque ellas no pueden aguantar el peso de mi dolor, y me hundo al pisarlas, buho, rey de la noche.”

Más que yo dijera dicen estas palabras del profundo lirismo del autor. Este silencio del misterio, siempre unido a la noche y al pájaro agorero. *¡Buho, rey de la noche!* Desde la antigüedad ha inquietado este pájaro al hombre. En el hombre de Atenea ya aparece el buho, y este mito se perpetúa hasta nuestros días. Todo lo que hay de inquietante en el hombre revive en él. Todo el sentimiento cristiano no ha podido apartar de nosotros este inquirir en el más allá. *¡Buho, rey de la noche!*, símbolo perenne de nuestras inquietudes...

\* \* \*

De la aristocracia mental del autor nos habla este párrafo: “Yo concibo a un hombre ruín en un transatlántico moderno, y no puedo imaginarlo en un velero, donde, para vivir de continuo, hay que ser fuerte, arrostrar peligros y luchar, tener corazón y tener alma. El barco de vapor es ridículo en toda su grandeza”. “Mi padre lo decía: Barcos son esos para la canalla, buenos para la gentuza, que cree que por correr se llega antes. ¿Adónde? —decía mi padre. Y añadía—: El gran señor no tiene prisa; ese llega a sus tiempo a todas partes”. *De montemps, monieur* —corroboraba Degas— *on n'arrivait pas.*

\* \* \*

“¡ Afán de conocer! ¡ Anheló! ¡ Anheló sempiterno del hombre! Santo anhelo de hacer nuestro, de gravar indeleblemente

te lo que vuela para que sea nuestro. ¡ Santo anhelo que llena de dolor el corazón. Feos, ahora, los bellos animales, como todo, Josefa; como la idea pura que vuela y resplandece en su reinado, al ser traída al papel o a los labios. Y, sin embargo, siempre los grandes harán otro tanto. Los golfinos: un nuevo altazo que invita a subir, porque desde él se verá más, ¡ más!; los golfinos muertos y feos en la barca, en la barca tuya, cuando ya son tuyos, como todo, Josefa. El mismo Dios sería feo, como los golfinos muertos, si el hombre pudiese cogerlo por entero con su mano. Josefa; y si quieres probarlo en ti misma, que ahora me escuchas con afán y deleite, y en mí, que te hablo poseído de la misma emoción, pruébalo: habla de esto, en este tono, en la sobremesa de la comida de hoy, y, aunque estemos solos, hazme repetir, si ello es posible, estas mismas palabras. Verás qué cursis son entonces estas palabras mías, y qué cursis ambos, y cómo nos avergonzamos el uno del otro”.

Palabras finales, palabras de desencanto —palabras de hombre joven—, o, mejor, palabras de poeta...

JAIME IBARRA.

## EL CORONEL MONTESINOS Y LA UNIVERSIDAD VALENCIANA

Por iniciativa de los que fueron alumnos de Derecho Penal, durante el pasado curso, en la Universidad valenciana, se ha colocado en una de sus aulas un retrato del coronel Montesinos.

La feliz idea de los alumnos congregó días pasados en la cátedra de Penal a profesores y discípulos para descubrir el retrato del que fué director del presidio de San Agustín, de aquella ciudad, en el que implantó el régimen penitenciario tan comentado y ensalzado. En dicho acto los alumnos de Penal y su catedrático pronunciaron elocuentes palabras enalteciendo a la gloriosa memoria de Montesinos.

## SECCIÓN PROFESIONAL

FRANCISCO VERA Profesor de Matemáticas Malasaña, 24	DISPONIBLE	DISPONIBLE
DISPONIBLE	DISPONIBLE	DISPONIBLE

Condiciones de venta y suscripción para  
España y América

Suscripción anual. . . . 14,00 ptas.  
 > semestral . . . . . 7,00 >  
 > trimestral . . . . . 3,50 >  
 Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año,  
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista **EL ESTUDIANTE**  
Marqués de Cubas, 8 MADRID

Suscribame por un ..... a la Revista **EL ESTU-  
DIANTE**. Por giro postal envíe a usted la cantidad de .....  
importe de dicha suscripción (1).

En ..... a ..... de ..... de 192  
(Firma)

Mi dirección: .....  
(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifica.

IMP. CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID



**EDITORIAL CARO RAGGIO**

Mendizábal, 34

:-:

**MADRID**

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

	<u>Pesetas.</u>
Pío Baroja: El gran torbellino del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

**BIOL**

¿Qué es el BIOL?—Un poderoso tónico fosfatado, de esmerada preparación, que se ofrece al público bajo la forma farmacéutica de granulado.

¿Para qué es?—Para proporcionar a los débiles, a los convalecientes, a los sobrecargados de trabajo intelectual o físico, a los jóvenes en el período de su desarrollo, los elementos reparadores necesarios en forma agradable y en condiciones de perfecta asimilación.

Preparado por el LABORATORIO LAZA, de MÁLAGA

4 Pesetas caja en las principales farmacias de España y

en Madrid: FARMACIA GAYOSO, Arenal, 2.

**H I J O S D E Q U I R I C O L O P E Z**

VINOS :-: ANISADOS :-: LICORES

**M A L A G A**

Aperitivo tónico, Vino TITAN :-: Anisado, Cazalla KIRIKO

Anís, Ojén JOAQUIN BUENO :-: Moscatel, ROKERO

**I N Q U I E T U D E S**

V E R S O S

**JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN**

*El autor ha regalado a "EL ESTUDIANTE" cien ejemplares de esta obra, que será remitida, libre de porte, contra remesa de tres pesetas, a los lectores que lo soliciten*